

pequeño cielo sin estrellas de la sima, abiertos los brazos en forma de cruz—una cruz anterior al Símbolo—esperando, sin saberlo, la resurrección de la carne. El cuerpo de esta niña, que según los eruditos perteneció a la última época en que la Pileta estuvo habitada, fué (al parecer del comisario de Excavaciones Arqueológicas de la provincia, señor Giménez Reyna) sacrificada en aras de un rito sangriento, de una religión anterior a la Piedad. Ante el acervo de sus huesos recordé el poema de Rafael Morales, "Al esqueleto de una muchacha":

¡En esta frente, Dios, en esta frente  
hubo un clamor de sangre rumorosa...,  
y aquí, en esta oquedad, se abrió la rosa  
de una fugaz mejilla adolescente!

(A la luz palidísima de nuestras linternas, la visión de aquel cuerpo era una patética meditación ignaciana.)

Aquí el cuello de garza sostenía  
la atada soledad de la cabeza...  
Y aquí el cabello undoso se vertía...

¿Cuál de todos esos signos cabalísticos que rayan las mil paredes de la cueva representaría el ofrecimiento del sacrificio a ese dios sanguinario que no había sido aún destronado por Moisés en la otra ribera del Mediterráneo? ¿Cuál de esos trozos de indescifrada, pero indudable escritura, pintada con negro de humo y grasas animales, contendría su inapelable sentencia de muerte?

Lentamente, a medida que avanzábamos por aquellas galerías, nos íbamos introduciendo también en la idea de cuanto representaban. Porque allí, entre esas paredes, han vivido seres humanos durante más de treinta mil años. Esa cueva en la que nos encontrábamos había sido habitada por el hombre durante un tiempo equivalente a multiplicar por quince el tiempo que media entre Cristo y nuestros días. La ciudad viva más antigua del mundo no ha sido habitada ni la quincuagésima parte de lo que esta ciudad subterránea lo fué, desde que los vestigios más antiguos anuncian la llegada del hombre a sus puertas hasta que aprendieron a construirse con las manos viviendas propias bendecidas por las lluvias y por el sol.

Durante ese tiempo estas rocas, estas mismas rocas sobre las que Mrs. Thompson, una vez captada por su hechizo, posaba las manos con unción respetuosa,

vieron cómo el hombre cazador de animales (a los que daba muerte para subsistir "hoy") descubrió de pronto la manera de cazarlos vivos para que se reprodujeran y regular así la subsistencia además de "hoy" para "mañana". Este paso ingente significa nada más que eso... el invento de la Ganadería. Y allí en sus paredes, como un ingeniero que diseñara el plano sobre la pizarra de una nueva máquina de su invención, el descubridor primitivo de la manera de apresar vivos los animales sin darles muerte, dejó, asombrosamente claro, el dibujo explicativo de cómo podía hacerse esto: testimonio gráfico de este salto con pértiga que va del hombre cazador de las cavernas al hombre del cielo raso, pastor y ganadero.

Estas mismas paredes, en una de cuyas salas están las huellas escalofriantes de dos manos—manos de cincuenta siglos manchadas de sangrienta arcilla!—vieron el descubrimiento de la cerámica, de la que hay tanta, que se encuentran trozos de vasijas y ánforas removiendo la tierra ennegrecida del suelo con los pies; y vieron sin estremecerse, el paso de la Edad de Piedra a la del Bronce, cuando llegó a la cueva la noticia o sus mismos ocupantes descubrieron el arte de fundir y modelar metales. Pero lo más asombroso de todo es la existencia en sus paredes, aparte las pinturas, de signos gráficos, palabras, ideas, escrituras, que es-



Los Thompson y sus compañeros, al llegar a la boca de la cueva. Al fondo, descargando "el sherpa Muñoz".

peran la interpretación de quien sepa o pueda descifrarlas.

Tras seis largas horas de excursión por algunas de sus galerías y recónditos escondrijos salimos a la luz del sol.

—Nunca pude imaginar que en Europa tuvieran ustedes esto—exclamó Mr. Thompson—. Nunca pude sospechar que estuviera escrito y aquí lo está, en estas paredes, el libro del balbuceo de la humanidad, y realizado—¡oh, esto es maravilloso—por los mismos que balbuceaban...

Después se volvió hacia mí, y prosiguió, cuando podía en castellano y cuando no en inglés, excitándose a medida que hablaba:

—Pero, ¿por qué lo tienen escondido? ¿Por qué no tienen aquí un aeródromo para regular la llegada de los helicópteros, diez hoteles para dar cabida a los turistas, un Museo de Arqueología, un centro de investigación, líneas regulares de trenes y autobuses, dos agencias de viajes y una Universidad? O por lo menos, amigo mío, ¿por qué no terminan ustedes la carretera? Esto (¿verdad, Willie, que tú piensas como yo...) esto... Willie y yo no lo hemos entendido todavía...

Y emprendimos el regreso, guiados por el "sherpa Muñoz" por caminos y vericuetos tan detestables, que se diría, sin extremar la sátira, que fueron construidos al abandonar la Pileta por los últimos trogloditas.

Torcuato LUCA DE TENA



En ruta.